

«esto no son menester libros, ni códigos; la naturaleza sola habla ya sobrado alto. Hablo de la necesidad de inspirarles sentimientos virtuosos; deber sagrado al que no se puede faltar, sin hacerse culpables de una especie de parricidio. La obligacion es aquí comun á los padres y á las madres. Vense padres que no les duelen sacrificios para proporcionar á sus hijos maestros de objetos de lujo, y que se prestan á sus caprichos para asegurarles una rica herencia; que sean cristianos, que practiquen la piedad, les importa poco. ¡Obcecamiento criminal! A esta brutal indiferencia deben atribuirse todos los desórdenes que afligen á la sociedad. Bien podeis procurarles grandes ventajas; si carecen de discrecion, no las conservarán mucho tiempo. Vuestros hijos serán sobrado ricos, siempre que les deis buena educacion. Esforzaos, pues, no en hacerlos opulentos, sino religiosos, dueños de sus pasiones, y ricos en virtudes. Acostumbradles á no crearles necesidades imaginarias, y á estimar los bienes de este mundo en lo que valen¹.»

Dirigiéndose á las madres, cuya influencia es tan poderosa en la educacion, el mismo Doctor les aconseja educar á sus hijas, sobre todo, de una muy distinta manera que las paganas, escl-

¹ Educationem enim innuit non hanc simplicem, quam vulgus censet, dum fame confectos liberos non negligimus: hoc enim ne ipsa quidem naturae necessitas unquam omitti permittit. Quo fit ut neque mandatis haec de causa sit opus et legibus, ut suam prolem educent. Sed justitiae curam, educationem cum pietate hoc loco intelligit: quod alioquin eae, quae, hoc pacto non educant, parricidae potius sint, quam matres. Hoc non ad mulieres tantum à me dictum est, sed etiam ad viros; siquidem multi patres, ut bonus equus filio obveniret, et ut aedes magnificae, ut praedium magni pretii cuncta faciunt atque moliantur; ut autem anima ejus bona fiat, et pium propositum nullius pensi habent. Et hoc est quod totum mundum subvertit, quod nostros liberos non curemus, et possessionum opumque ipsorum curam geramus, sed ipsorum animam negligamus, et extremae dementiae facinus admittamus. Nam possessiones quidem sint, licet multae ac sumptuosae, si probus non sit ac studiosus, qui cum virtute possit eas administrare, omnes cum ipso peribunt et evanescent, ac summum possessori damnum inferent: sin autem generosa fuerit et sapiens anima, licet nihil intus sit in promptuariis reconditum, omnium bona tuto poterit retinere. Illud igitur spectandum est, non quo pacto, argento et auro, et rebus hujusmodi locupletes eos reddamus, sed quo pacto, pietate ac temperantia virtutumque acquisitione ditissimi omnium fiant: quo pacto fiat ut multis non indigeant, ut res saeculi hujus et novae cupiditates non tanti faciant. (D. Chrys. in illud: Vidua non eligatur, t. III, pag. 373, n. 7).

vas de los sentidos. «Madres, no fieis á otras mas que á vosotras mismas la educacion de vuestras hijas. Este deber nada tiene de difícil: guardadlas siempre á vuestro lado, en el interior de vuestras casas. Sobre todo acostumbradlas á la piedad, á las prácticas religiosas, al desprecio de las riquezas y de las vanidades. De esta suerte, no solo las salvais, sino que tambien salvais á los esposos á quienes estén destinadas; y de su descendencia, como de un buen tronco, saldrán naturalmente retoños ricos en toda clase de virtudes¹.»

Quando se medita sobre esos admirables preceptos de educacion, y se comparan con las máximas sensualistas de Platon y de Licurgo, no puede menos de preguntarse ¿en qué escuela se habian formado esos nuevos doctores, separados por algunos siglos apenas de los legisladores paganos? ¿Quién habia elevado de súbito á tanta altura á la humanidad, y librado al espíritu del largo predominio de la carne? Y por contestacion solo veis una sangrienta cruz clavada en la cima del Calvario, y al mundo que la adora y la estudia. Entre las mil pruebas de la divinidad del Cristianismo, ese inmenso paso no es la menos maravillosa.

No basta, con todo, para regenerar un mundo publicar un código, por perfecto que sea, es menester hacerlo observar; y para esto preciso es sancionarlo con penas y recompensas. Los hábiles fundadores de la familia cristiana no olvidaron esta esencial condicion. El recuerdo de los anatemas proferidos por el divino Maestro contra los padres que descuidan la educacion de sus hijos, el temor de los males espirituales y temporales que trae consigo el olvido de ese fundamental deber, tales son las graves razones que nuestros santos Doctores no cesan de hacer presentes á los padres. «No esperéis de Dios gracia alguna, les decian, si faltais al «sagrado deber de la educacion. Si el Apóstol nos ordena ocupar-nos menos de nosotros mismos que de los demás²; si somos culpables «por descuidar sus intereses, con mayor razon lo somos tambien

¹ D. Chrysost. Homil. IX in I ad Timoth.—En cuanto á la eleccion de maestros que la necesidad obligaba á veces á dar á los niños, no hay cosa mas meditada ni mas completa que los consejos de estos hábiles doctores á quienes nada pasaba desapercibido. (Véase san Jerónimo, ad Laetam, Epist. LVII, etc.; ad Eustoch. et ad Gaudent. de educatione infant.).

² I Cor. x, 24.

« cuando se trata de los que tan de cerca nos tocan. ¿No soy yo, os dirá el Señor, quien ha colocado á esos niños en vuestras casas, yo, quien al haceros su dueño, su vigilante, su juez, los habia confiado á vuestra solicitud? Yo habia descansado en vosotros respecto al cuidado de su educacion. ¿Contestaréis que no han querido sujetarse al yugo, que lo han sacudido? Pero precisamente era esto lo que debia prevenirse desde el principio; era menester apoderarse de sus primeras impresiones, imponer el freno cuando se carecia aun de fuerza para romperlo; doblar ese jóven corazon bajo el yugo del deber, acostumbrarle á él; poner el vendaje á la herida cuando estaba fresca aun; arrancar las espinas cuando comenzaban á crecer junto á esa planta delicada, y no aguardar á que se hubiesen arraigado profundamente, y que robustecidas sus pasiones por un sucesivo desarrollo, se hiciesen dificiles de combatir y de domar. Así os dice el Sábio: *¿Teneis acaso hijos? Educadlos desde niños, á fin de que puedan ser mas fácilmente dirigidos*¹.

« El Señor no se contenta con intimaros esta órden por boca de su Profeta; se asocia á vosotros para asegurar su cumplimiento, por medio de los terribles castigos con que amenaza á los hijos rebeldes á la autoridad de sus padres: *Perezca cualquiera que con maldiciones ultraje á su padre ó á su madre*²! Bien lo oís, castiga de muerte el crimen de que se hacen culpables con vosotros; ¡y vosotros contemplais con indiferencia los que se permiten hácia la Majestad suprema! Ellos se atreven hasta al mismo Dios violando sus mandamientos; ¡y vosotros lo veis sin horrorizaros, sin el menor movimiento de indignacion, sin dirigirles la mas leve reconvencion! ¿Qué va á perder él con esos ultrajes? Nada. Su grandeza lo coloca muy por cima de nuestras ofensas. Pero vosotros, ¿qué no teneis que temer por vosotros mismos? por que quien falta al Señor no respeta á su padre ni á sí propio.

« Por el contrario, hechos respetuosos y fieles vuestros hijos á Dios por vuestros cuidados, encontrarán en la obediencia á su ley un fecundo origen de prosperidades hasta en este mismo mundo. Con costumbres cristianas el que es pobre se hace respetar y querer; mientras que con un corazon malvado y corrom-

¹ Eccli. vii, 24.

² Levit. xx, 9.

« pido, ninguna riqueza puede salvarnos del odio y desprecio públicos. Ese jóven á quien habeis dado una buena educacion, no solo se atraerá el aprecio universal, sino que tambien os será mucho mas querido. Vuestro amor por él no será solo un incentivo de la naturaleza, sino tambien el fruto de la virtud. A vuestra vez obtendréis de él todos los servicios de la piedad filial en vuestra senectud; él será vuestro apoyo. Porque os lo repito; así como los que desconocen al Señor desconocen á sus padres, así tambien los que honran á Dios, Padre de todas las criaturas, nunca creen honrar y venerar bastante á los autores «de sus dias»¹.

El hediondo espectáculo de las costumbres contemporáneas, la horrible agonía del mundo pagano, les servian de ejemplo para mostrar á los padres el término fatal á que conduce el descuido de la educacion que forma al hombre y á la sociedad. «Que los paganos os sirvan de enseñanza, les decian. Uno de sus oradores al ver la avaricia, la licencia, la voluptuosidad, que se han apoderado de Roma, presagia la próxima caída de este gran imperio, que, despues de haber sometido al mundo por la fuerza de sus armas, va á hundirse bajo el peso de sus propios vicios: «¡Ó romanos, exclama, no hallaréis ya en vuestros hijos el valor de vuestros progenitores! ¿Qué cuidado os tomais para transmitirles esa preciosa herencia? ¿Quién de vosotros trata de formar su espíritu y su corazon? ¿Qué digo? ¡Pluguiera al cielo que los mismos padres no fuesen los corruptores de la juventud! ¡pluguiera al cielo que la virtud de los hijos nada tuviese que recedar de los vicios de los padres»²! Dejamos languidecer sus primeros años en el seno de las delicias³. ¿Qué pudor debemos esperar de una hija á la que se acostumbra á adornarse antes que se conozca? á la que se presenta la belleza como único ornato, el talento de agradar como el único mérito de su edad y de su sexo? ¿Cuál no será la codicia del hijo á quien se pondrán de continuo las riquezas mas que la equidad, la opulencia mas que la probidad, los bienes de fortuna mas que las virtudes? ¡Desventurados hijos! Presencian los amores, la intem-

¹ D. Chrys. in illud: *Vidua eligatur*, t. III, pag. 378, n. 7.

² *Utinam liberorum mores ipsi non perderemus!*

³ *Infantiam statim deliciis solvimus.*

«perancia desenfadada, los odios sanguinarios de un padre impío; oyen los cantos disolutos que son el gozo de la cena¹; aprenden á ser viciosos antes de que la edad haya podido enseñarles qué cosa era el vicio; acostúmbrense á él antes de conocerle, y le conocen sin esperanza y cuási sin fuerza para corregirse². Después pide Roma jueces íntegros, soldados intrépidos; ciudadanos virtuosos, y se indigna de no ver renacer los bellos tiempos de su gloria y sus triunfos! No; no fue así como fue educada aquella brillante juventud que fundó el poder romano sobre las ruinas de las naciones. Que los padres personifiquen las costumbres de los primeros dias de Roma; los hijos nos presentarán las costumbres de Roma triunfadora³.»

Esas tristes palabras, esos espectáculos de crímenes y de muerte, esas espantosas convulsiones en que se debatía la sociedad antigua; y sobre todo la potente y querida voz del divino Maestro, sus promesas y sus amenazas, infundían un religioso pavor á los padres cristianos, y redoblaban su solícito afán por la educación de sus hijos. Hace saltar las lágrimas el ver su piadoso fervor pidiendo sanos consejos para el acertado cumplimiento de sus graves deberes; y no se sabe qué admirar mas, si su docilidad en recibirlos, ó su fidelidad en practicarlos⁴. Con maestros como los Padres de la Iglesia, con padres como los primeros cristianos, la regeneración de la familia y la salvación del mundo, que fue su consecuencia, nada tienen de asombroso.

Nos hemos extendido de intento sobre ese código doméstico: fue el regenerador de la familia; y so pena de no comprender el efecto, era preciso explicar detenidamente la causa.

CAPÍTULO X.

Virtudes domésticas.

La caridad, que era el alma de la familia, era también su encanto. De esa fecunda raíz nacían las diferentes virtudes que ha-

¹ Convivium obscenis canticis strepit.

² Discunt hoc miseri, antequam sciant esse vitia.

³ San Jerónimo, *Epist. ad Gaudent.*

⁴ San Jerónimo, *ad Eustoch., ad Laet., ad Gaudent., etc.*

cian del hogar doméstico un cielo anticipado, y de todos los que lo habitaban un pueblo desprendido de la tierra y siempre pronto al martirio¹. Por parte de los padres, vése la solícitud mas activa y la mas ilustrada ternura. Mientras que los paganos acompañados de sus hijos pasaban los dias y las noches en los baños, en el circo, en el anfiteatro, en las orgías, languideciendo en la molicie y ociosidad igualmente fatales á la vida del cuerpo que á la vida del alma, nuestros padres imitaban por su actividad tranquila, pero sostenida, el enjambre de abejas que formaba su colmena. Penetrados de estas santas máximas, *que la ociosidad es la madre de los vicios²; que todo hijo de Adán está condenado al trabajo³; y que el que rehusa trabajar no tiene derecho al agua que bebe, ni al pan que come⁴*; nuestros padres no querían que sus hijos permaneciesen ociosos. Desde la edad la mas tierna, hacían suceder el trabajo á la oración, y la oración al trabajo. En esta sabia alternativa de ejercicios religiosos y de ocupaciones materiales, había un alto pensamiento de moralidad. Candidatos del cielo y ciudadanos de la tierra, los jóvenes cristianos aprendían á vivir la vida que convenía á sus destinos; el divino Maestro se convertía en modelo práctico; y robustecido el espíritu de cada dia mas, aumentaba su imperio sobre la carne y los sentidos. El levantarse con la aurora, la oración en comun, la asistencia al augusto sacrificio, la recepción del Dios de los fuertes y de las vírgenes, daban comienzo al dia. Después se dirigía cada cual á su trabajo. A imitación de los antiguos Patriarcas, los padres retenían el mayor tiempo posible á su joven familia bajo su vigilancia. La elección de los compañeros de sus hijos formaba el principal objeto de su solícitud: jamás hubieran permitido junto á ellos criado ni persona alguna sospechosa. De cerca ó de lejos vigilaban sus juegos, su traje, su alimento: sus juegos, evitando todas las diversiones en que reinase el desorden y la confusión; sus vestidos, porque la modestia cristiana rechaza todo exceso: ella no quiere el fausto en los adornos, ni el descuido en el traje; su alimento, alejando de sus hijos toda especie de sensualidad. «Con-

¹ Expeditum morti genus. (*Tertull.*).

² Multam enim malitiam docuit otiositas. (*Eccli. xxx, 29*).

³ In sudore vultus tui vesceris pane. (*Gen. iii, 19*).

⁴ Si quis non vult operari, nec manducet. (*II Thessal. iii, 10*).